

3. LECTURA, INTERPRETACIÓN Y COMPRENSIÓN

3.1. ¿Cómo se lee este «libro-biblioteca»?

Nosotros estamos acostumbrados a leer los libros comenzando por el primer capítulo (a no ser que sea una obra de recopilación, de artículos o poesía, pues entonces no estamos obligados a seguir un orden). ¿Cómo se lee la Biblia? ¿Tenemos que empezar por Génesis 1 (la creación) o podemos iniciar su lectura por el Éxodo, acontecimiento fundante de Israel? ¿Podemos comenzar a leer los Evangelios antes que el Antiguo Testamento, que siempre nos resulta más difícil? La respuesta depende de lo que pretendamos: un grupo de oración, un grupo de estudio, una sesión académica...

La Biblia católica tiene un comienzo y un fin. El comienzo está marcado por el libro del Génesis, y el final por el Apocalipsis. Se trata de presentar la «historia de la salvación» que inicia con Dios creador y culmina con Cristo. La Biblia tiene en su trasfondo teológico una concepción de la historia que inicia y culmina en Dios. La historia no está desorientada y la Palabra de Dios sigue esta «orientación» de toda la naturaleza, la historia y la humanidad a Cristo. Esto la hace netamente distinta de otros libros religiosos que bien no se presentan como «historias de salvación», sino como leyes, consejos o narraciones religiosas, bien tienen trazada esta historia salvífica pero no culminan en Cristo, como es el caso de los judíos.

La Biblia católica tiene dos partes nítidas: Antiguo y Nuevo Testamento, o si se prefiere, Antigua y Nueva Alianza. Esto nos separa de la tradición judía, que sólo admite como Escritura la Tanak (nuestro Antiguo Testamento) pero que, obviamente, no admite como Escritura el Nuevo Testamento. Si bien en lo que se refiere al Antiguo Testamento la Biblia católica sigue la organización fundamental de la Tanak, añadiendo una serie de libros, en el Nuevo Testamento presenta una edición propia, que comienza con la Buena Noticia de Jesús (los cuatro evangelios) y continúa con los textos fundacionales de las primeras comunidades. Para la Iglesia católica no son dos «conjuntos de libros», sino un solo Libro, pues uno sólo es el Espíritu de Dios que asiste a los escritores sagrados y uno solo es el Espíritu que asiste, alienta e ilumina a quienes hoy la leen y la interpretan.

a) El sentido literal y el figurado

Todo lenguaje necesita «precisión». También el lenguaje religioso, y por tanto, el bíblico. En nuestro estudio de la Biblia debemos acostumbrarnos a precisar los conceptos, las expresiones, el sentido literal y el figurado, el lenguaje alegórico y las analogías que se usan de forma repetida. El pueblo de Israel atraviesa el desierto para llegar a la tierra (sentido literal) y el profeta Oseas invita al pueblo a volver al desierto, invitándole a la conversión (sentido figurado). David era pastor de ovejas (sentido literal) y Ezequiel dice que Dios pastoreará a su rebaño (sentido figurado). La institución hebrea del «go'el» (defensor, rescatador, vengador) obligaba a ser el defensor del miembro más débil o perjudicado de la familia (sentido literal); Dios afirma que él es el «Go'el» de Israel (sentido figurado). El sentido figurado no quiere decir que sea falso, sino que de forma analógica expresa la realidad de otra forma.

Nosotros, siendo conscientes de estas dificultades, debemos precisar lo más posible nuestro lenguaje, siendo conscientes de que con frecuencia los términos están

sometidos a este valor ambivalente. Tanto desde el punto de vista literario, como histórico, como teológico «no es lo mismo» afirmar una cosa que otra, por muy parecidas que sean.

b) Precisiones necesarias

Precisiones históricas. Dos ejemplos bíblicos. Desde el punto de vista de la historia de las religiones, usamos indistintamente «Judaísmo» con «Yahvismo», pero no son lo mismo: el primero nace después del Exilio en Babilonia y es la matriz de la religión y de la Biblia que hoy conocemos; el segundo es la religión de Israel de la monarquía, antes del exilio; hay continuidad entre las dos, pero no se pueden unificar ni identificar sin más como si habláramos de los mismo. También podemos decir que no es lo mismo «Templo» que «Sinagoga»: los dos son lugares de culto del pueblo de Israel, pero mientras que en el primero se ofrecen sacrificios de animales a Dios, en el segundo (la Sinagoga) el culto se centra en la lectura de la Ley.

Un segundo ejemplo de precisión terminológica: ¿qué queremos decir cuando decimos «Israel»?; pues puede significar varias cosas: unas veces es el sobrenombre de Jacob; otras veces se identifica con el reino del Norte frente al del Sur (Judá); otras veces designa a todo el pueblo judío, sin distinción; hoy en día es el «Estado de Israel» por contraposición al pueblo Palestino.

Precisiones literarias. Si abordamos este aspecto desde un punto de vista literario debemos distinguir entre «libro editado» y «tradición escrita»: en el caso de los profetas, por ejemplo, no se puede pretender que el profeta a quien se atribuye la obra sea el editor final; pero tampoco se puede decir que no escribiera nada. Entre el profeta que pone por escrito algunos textos y la edición final de todo el libro, pueden pasar años. También, desde un punto de vista literario, no es lo mismo «tradición oral» que «leyenda»: la tradición oral pasa de padres a hijos, generación tras generación, y es la memoria viva de un pueblo que no tiene acceso a la escritura (un pueblo que no tenga escritura, puede sin embargo tener grandes tradiciones orales); la «leyenda», por el contrario, forma parte de la memoria que confunde lo real con lo ficticio, lo comprobable con lo imaginario. También, desde un punto de vista literario, debemos decir que no es lo mismo «historia» que «narración»: la «historia» en sentido moderno puede someterse a análisis arqueológicos, documentarios, sociológicos, antropológicos, económicos... muchas veces los relatos bíblicos no podrían admitir un estudio semejante porque cuando el autor bíblico escribía lo hacía con una enorme libertad de espíritu; sin embargo la Biblia, en muchas de sus partes, se puede leer como una hermosa y bien trabada narración en la que Dios mismo pone de manifiesto quién es él y cómo actúa.

Precisiones teológicas. Por último, si afrontamos este capítulo desde un punto de vista teológico debemos decir que no es lo mismo «Religiones del libro» que «Religión de la Palabra»: las religiones del Libro (revelado por Dios) son el judaísmo, el cristianismo y el Islam; pero esto es una definición puramente descriptiva, no teológica. Para los cristianos estamos ante la «religión de la Palabra», porque por encima del texto escrito y más allá del texto escrito está Jesús, que es la Palabra de Dios encarnada. El Papa nos lo recuerda en la *Verbum Domini*: *‘La fe cristiana no es una «religión del libro»: el cristianismo es la «religión de la Palabra de Dios», no de una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo.’* (VD 7).

Tampoco es lo mismo «divinización» que «endiosamiento»: el pecado del primer hombre, de Adán, es precisamente que se «endiosa», que quiere ocupar el lugar de Dios; por el contrario la verdadera vocación del ser humano es alcanzar a Dios, la «divinización».

Por último debemos cuidar con los términos homófonos: no es lo mismo «resurrección» que «resucitación»: la primera se refiere a Jesús, el Viviente, que ya no muere más; la segunda la reservamos para Lázaro, o para la hija de Jairo, que después del milagro, vuelven a morir como mortales que eran.

Podemos hacer otro juego, esta vez con las traducciones que incluyen, inevitablemente una interpretación. No es lo mismo traducir «YHWH», que «Elohim». En la mayor parte de las Biblias actuales el término hebreo para designar la divinidad («Elohim») se traduce como «Dios», mientras que el nombre del Dios de Israel («YHWH») se traduce como «Señor». Hoy se prefiere poner sólo las cuatro consonantes a vocalizarlas precisamente por respeto al pueblo judío que nunca pronuncia el nombre de Dios. En las traducciones modernas podemos observar también que, a veces, se cambia el título de «YHWH Sebaot» que literalmente debemos traducir por «Señor de los Ejércitos», por un más descafeinado «Señor Todopoderoso». En esta misma línea, nos preguntamos: ¿cómo hay que traducir la expresión bíblica «temor de Dios»? ¿Hay que mantenerla, por respeto al texto y a la tradición de la Iglesia, o debemos cambiarla por un suave u menos hiriente «respeto a Dios»? Un caso particular es el saludo del ángel al María: el participio perfecto puede ser traducido como «favorecida» por Dios (tradición protestante) o «llena de gracia» (tradición católica).

c) Creer para comprender

Las verdades del corazón. Por experiencia sabemos que los gestos que vemos o los acontecimientos que percibimos pueden encerrar una realidad más profunda que se nos escapa en una lectura superficial o cuando nos faltan elementos decisivos para poder interpretarlos. Por ejemplo, vemos a un hombre y a una mujer que se abrazan. Es un hecho evidente, pero no conclusivo, ya que a veces hay que abrazar a una persona a la que no se quiere, o como se dice «por exigencias del guión». Si me aseguran que esas personas están enamoradas ese abrazo cobra sentido, es signo de una realidad más profunda, de su amor. Yo «creo» lo que me dicen y consecuentemente «comprendo» el sentido verdadero, el alcance de ese abrazo que no rutinario, de pega, que no es falso, sino que es una «expresión» de la realidad, que es «verdadero». Muchas veces para «comprender» la realidad no basta con «ver», sino que hay que «creer», y el hecho de «comprender» refuerza mi fe.

Este ejemplo nos sirve para leer la Biblia como Palabra de Dios que tiene un significado más profundo que el textual. Podemos leer la Biblia y estudiarla tanto si
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....